

Abil 26/69

11803

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

AMOR DE PADRE,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO.

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.º
1869.

L47
3667

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

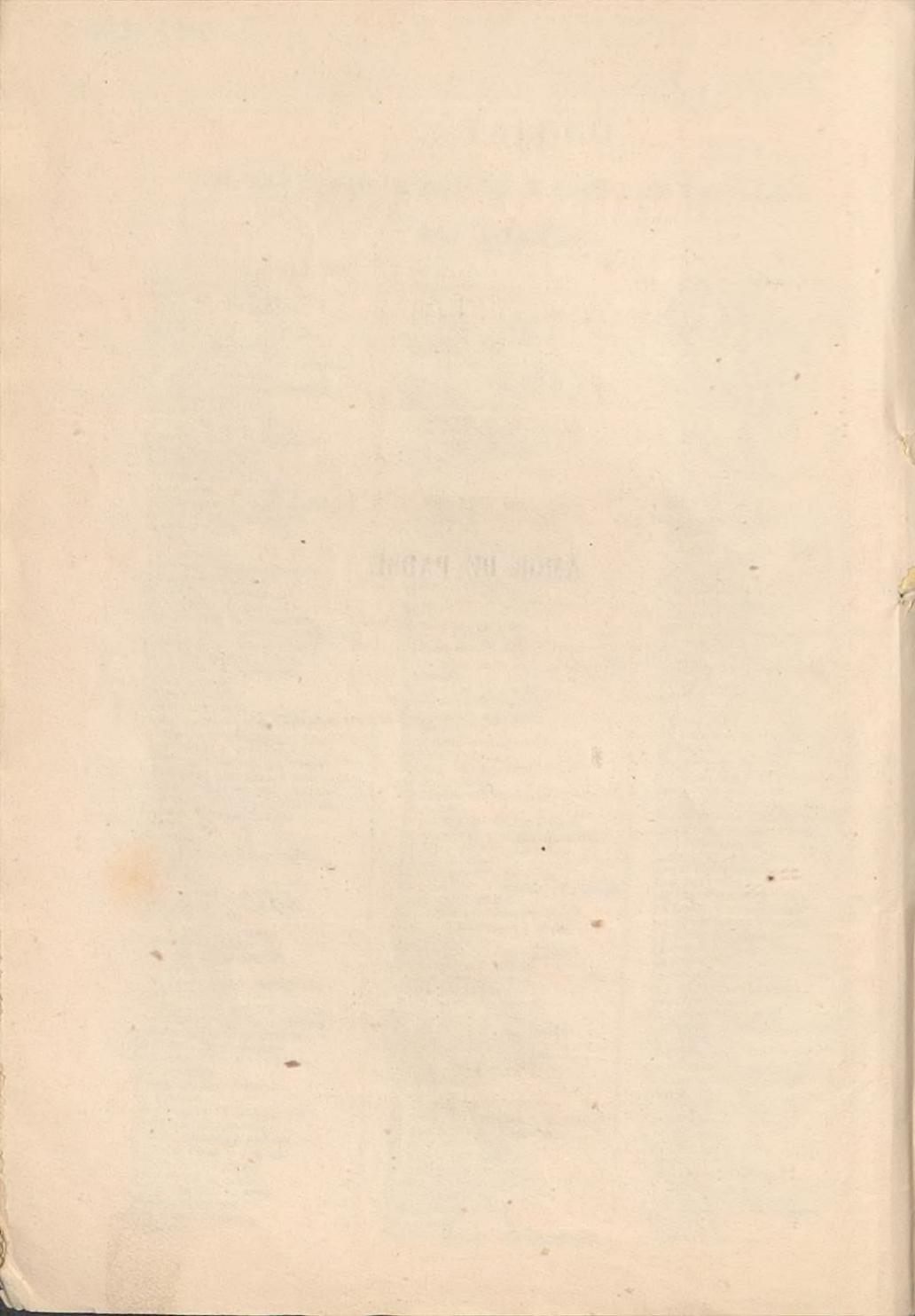
EL TEATRO.

- Al cabo de los años mil...
 Amor de antaño.
 Abelardo y Eloisa.
 Abnegación y nobleza.
 Ángela.
 Afectos de odio y amor.
 Arcanos del alma.
 Amar después de la muerte.
 Al mejor cazador...
 Achaque quieren las cosas.
 Amor es sueño.
 A caza de cuervos.
 A caza de herencias.
 Amor, poder y pelucas.
 Amar por senas.
 A falta de pan...
 Artículo por artículo.
 Aventuras imperiales.
 Achaques matrimoniales.
 Andarse por las ramas.
 A pan y agua.
 Al Africa.
 Bonito viaje.
 Boadicea, *drama heróico*.
 Batalla de reinas.
 Berta la flamenca.
 Barómetro conyugal.
 Bienes mal adquiridos.
 Bien vengas mal si vienes solo.
 Bondades y desventajas.
 Corregir al que yerra.
 Cañizares y Guevara.
 Cosas sutiles.
 Calamidades.
 Como dos gotas de agua.
 Cuatro agravios y ninguno.
 Como se empuña un marido!
 Con razon y sin razon.
 Como se rompen palabras.
 Conspirar con buena suerte.
 Chismes, parientes y amigos.
 Con el diablo á cuchilladas.
 Gostumbres politicas.
 Contraste s.
 Gatilina.
 Carlos IX y los Hugonotes.
 Carrizoli.
 Candidato.
 Caprichos del corazon.
 Con canas y polleando.
 Culpa y castigo.
 Crisis matrimonial.
 Cristóbal Colon.
 Corregir al que yerra.
 Clementina.
 Con la música á otra parte.
 Dara y cruz.
 Dos sobrinos centra un tio.
 D. Primo Segundo y Quinto.
 Deudas de la conciencia.
 Don Sancho el Bravo.
 Don Bernardo de Cabrera.
 Dos artistas.
 Diana de San Roman.
 D. Tomás.
 De audaces es la fortuna.
 Dos hijos sin padre.
 Donde menos se piensa...
 D. José, Pepe y Pepito.
 Dos mirlos blancos.
 Deudas de la honr.
 De la Llano á la boca.
 Doble emboscada.
 El amor y la moda.
 Está loca
- En mangas de camisa.
 El que no cae... resbala.
 El niño perdido.
 El querer y el rascar...
 El hombre negro.
 El fin de la novela.
 El filántropo.
 El hijo de tres padres.
 El último vals de Weber.
 El bongo y el mirinaque.
 ¡Es una mala!.
 Echar por el agua.
 El clavo de los maridos.
 El oncenno no estorbar.
 El anillo del Rey.
 El caballero feudal.
 ¡Es un ángel!
 El 5 de agosto.
 El escondido y la tapada.
 El licenciado Vidriera.
 ¡En crisis!
 El Justicia de Aragon.
 El Monarca y el Judío.
 El rico y el pobre.
 El beso de Judas.
 El alma del Rey Garcia.
 El afán de tener novio.
 El juicio público.
 El sitio de Sebastopol.
 El todo por el todo.
 El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
 El que las da las toma.
 El camino de presidio.
 El honor y el dinero.
 El payaso.
 Este cuarto se alquila.
 Esposa y mártir.
 El pan de cada dia.
 El mastizo.
 El diablo en Amberes.
 El ciego.
 El protegido de las nubes.
 El marqués y el marquésito.
 El reloj de San Plácido.
 El bello ideal.
 El castigo de una falta.
 El estandarte español en las costas africanas.
 El conde de Montecristo.
 Elena, ó hermana y rival.
 Esperanza.
 El grito de la conciencia.
 ¡El autor! ¡El autor!
 El enemigo en casa.
 El último pichón.
 El literato por fuerza.
 El alma en un hilo.
 El alcalde de Pedroheras.
 Egoismo y honradez.
 El honor de la familia.
 El hijo del ahorcado.
 El dinero.
 El jorobado.
 El Diabolo.
 El Arte de ser feliz.
 El que no la corre antes...
 El loco por fuerza.
 El soplo del diablo.
 El pastelero de Paris.
 Furor parlamentario.
 Faltas juveniles.
 Francisco Pizarro.
 Fé en Dios.
 Gaspar, Melchor y Baltasar, ó e
- ahijado de todo el mundo.
 Genio y figura.
 Historia china.
 Hacer cuenta sin la huéspala.
 Herencia de lagrimas.
 Instintos de Alarcon.
 Indicios vehementes.
 Isabel de Medicis.
 Ilusiones de la vida.
 Imperfecciones.
 Intrigas de teador.
 Ilusiones de la vida.
 Jaime el Barbudo.
 Juan Sin Tierra.
 Juan sin Pena.
 Jorge el artesano.
 Juan Diente.
 Los nerviosos.
 Los amantes de Chinclon.
 Lo mejor de los dados...
 Los dos sargentos españoles.
 Los dos inseparables.
 La pesadilla de un casero.
 La hija del rey Rene.
 Los extremos.
 Los dedos buespedes.
 Los extasis.
 La posdata de una carta.
 La mosquita muerta.
 La hidrofobia.
 La tina del zapatero.
 Los quid pro quos.
 La Torre de Londres.
 Los amantes de Teruel.
 La verdad en el espejo.
 La banda de la Condesa.
 La esposa de Sancho el Bravo.
 La boda de Quevedo.
 La Creacion y el Diluvio.
 La gloria del arte.
 La Gitanilla de Madrid.
 La Madre de San Fernando.
 Las flores de Don Juan.
 Las apariencias.
 Las guerras civiles.
 Lecciones de amor.
 Los maridos.
 La planta mortuoria.
 La bolsa y el bolsillo.
 La libertad de Florencia.
 La Archiduquesita.
 La escuela de los amigos.
 La escuela de los perdidos.
 La escala del poder.
 Las cuatro estaciones.
 La Providencia.
 Los tres banqueros.
 Las huérfanas de la Caridad.
 La ninfa Iris.
 La dicha en el bien ajeno.
 La mujer del pueblo.
 Las bodas de Camacho.
 La cruz del misterio.
 Los pobres de Madrid.
 La planta exótica.
 Las mujeres.
 La unión en Africa.
 Las dos Reinas.
 La piedra filosofal.
 La corona de Castilla (alegoria).
 La calle de la Montera.
 Los pecados de los padres.
 Los infieles.
 Los moros del Riff.

247-3667

AMOR DE PADRE.

Teódo Rodríguez



4V-9

AMOR DE PADRE,

COMEDIA EN UN ACTO, Y EN VERSO

DE

DON MIGUEL PASTORFIDO.

Representada por primera vez con el más lisonjero éxito en el
Teatro Español el día 20 de Abril de 1869.

MADRID:

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1869.

PERSONAJES.

ACTORES.

ADELA.....	DOÑA ELISA BOLDUN.
TERESA.....	CLOTILDE LOMBIA.
DON MANUEL.....	DON PEDRO DELGADO.
ALBERTO.....	MANUEL PASTRANA.
SAMUEL.....	CIPRIANO MARTINEZ.

La accion se supone en Gibraltar y en nuestros dias.

Esta obra es propiedad de su autor; y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Liricas de los *Sres. Gullon e Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Habitacion pobre; puerta al fondo y dos á la izquierda; á la derecha una ventana, y en segundo término una chimenea. Junto á ella una mesa de trabajo. Una butaca ya muy usada. Dos sillas.

ESCENA PRIMERA.

D. MANUEL.

Caramba! Las ocho ya
en el reló de la iglesia.
Cómo se ha pasado el tiempo!
Apagaremos la vela. (Lo hace.)
Ante todo economía.

Hace un frio que se hielan
los dedos... Gracias á esto
pude estar la noche entera
trabajando sin cesar.

He concluido una docena
de cazadores, tres monos
y cuatro polichinelas.

(Llaman á la puerta.)

—Llaman!... Si será el casero?
No quiero abrirle la puerta.

ESCENA II.

D. MANUEL, SAMUEL.

SAM. Don Manuel?
(Empujando la puerta y abriéndola.)

MAN. No estoy visible.

SAM. Vengo por...

MAN. Silencio! Esta
no es hora de hacer visitas.

SAM. Pues págume usted la deuda.

MAN. Está durmiendo mi hija.

SAM. Y á mí qué?

MAN. Y si se despierta...

SAM. Pero...

MAN. Vuelva usted más tarde.

SAM. Me debe usted seis guineas.

MAN. Bien.. luégo se las daré.

SAM. No me fio en sus promesas.

MAN. Repito que...

SAM. Le concedo
media hora de plazo.

MAN. (Media!)

SAM. Abur, señor Medinilla.

Iré á ese otro cuarto mientras.

ESCENA III.

D. MANUEL, luégo TERESA.

MAN. Así se vaya al infierno...

No hay miedo que yo lo sienta.

Judío al fin! Y vendrá!...

Y si Adela se lo encuentra...

TERESA. (Saliendo.)

(Gracias que me veo libre!)

MAN. Quién va! Ah! Eres tú, Teresa?

Á ver... qué traes?...

TERESA. (El pícaro

me siguió hasta la escalera

con un afan...)

MAN. No me oyes?

TERESA. (Y tiene buena presencia!)

- MAN. Pero, mujer!...
- TERESA. (Reparando en él.) Señor!...
- MAN. Dime...
Qué has traído en esa cesta?
(Tomándola y registrándola.)
Un ala de faisán... Esto
para mi querida Adela.
Bacalao... para mí.
Jamón en dulce... para ella.
—Ah! Es necesario que hoy mismo
me remiendes la chaqueta.
- TERESA. Bah! La mejor compostura
es que se compre otra nueva.
- MAN. El año que viene... Dime...
Y la capota á la inglesa
que se le antojó á mi hija?
- TERESA. Toma! Está ..
- MAN. Dónde?
- TERESA. En la tienda.
- MAN. Y por qué no la has traído?
Si tú de nada te acuerdas!
- TERESA. Oh! No es falta de memoria,
sino falta de moneda.
Ya nadie quiere fiarnos.
Se le deben tres guineas
al fondista; al pastelero
una; al confitero media.
Y no hablo de la modista
ni del zapatero... eccétera.
Hay en este Gibraltar
tanto inglés!...
- MAN. Oh! una epidemia.
- TERESA. Pues y el casero?
- MAN. Aquí ha estado,
y me ha dado una jaqueca...
- TERESA. Judío al fin!
- MAN. Por tres meses
que le debo.
- TERESA. Si usted fuera
millonario como ántes,
ya tendría más paciencia.
- MAN. Bien sabes que por mi gusto

- nunca he contraído deudas.
TERESA. Es verdad; pero me duele
que todo el mundo nos crea
unos tramposos.
- MAN. Ya sabes
que si me empeño es por ella.
- TERESA. (Alzando un poco la voz.)
Desde que usted se arruinó...
- MAN. Calla! Si mi hija te oyera...
- TERESA. La señorita es la única
que ignora la fatal pérdida
que usted sufrió hace seis años;
y si bien se considera,
dicha fué que al mismo tiempo
ella se quedase ciega.
- MAN. Sí: de este modo le puedo
ocultar nuestra miseria.
Hacerle creer que aún
nadamos en la opulencia.
Así no ve estas paredes
que ella imagina cubiertas
de hermosos cuadros; ni ve
mi ropa humilde y grosera.
—Ah! viste al mueblista?
- TERESA. Sí.
- MAN. Vendrá el piano?
- TERESA. Sí. (Por señas
que desde allí me ha seguido
ese jóven, y...)
- ADELA. (Desde dentro.) Teresa? (Llamándola.)
- TERESA. (Sin duda queria hablarme.)
- MAN. No oyes que te llama Adela?
- TERESA. Voy...
- ADELA. (Dentro.) Teresa?
- MAN. Corre!
- TERESA. Voy...
- MAN. Pues ni que fuera una reina!
Cómo se entiende! Á mi hija
respondes con insolencia!
Y tú, su hermana de leche!
Vete de casa, perversa!
- TERESA. Me despide usted?

MAN. Sí... No.
Pero ella te llama... vuelal!...

TERESA. Sí, sí: voy allá al momento.

ESCENA IV.

D. MANUEL, luego ALBERTO.

MAN. Despues de todo es muy buena
y quiere mucho á mi hija.
—Á ver si esta chimenea (Soplándola.)
arde cuando Adela salga...
Soplaremos con más fuerza.

ALB. (Yo necesito un pretexto
para llegar hasta ella.)

MAN. ¿Quién es? (Viendo á Alberto.)

ALB. Ah!

MAN. (Un desconocido!...)

ALB. Dispense usted que me atreva...
La hora es quizá intempestiva...

MAN. Cierto: son las ocho y media;
y cuando uno está ocupado
en domésticas tareas...

ALB. Sí; pero un motivo grave
y de la mayor urgencia
me obligó...

MAN. Cuál?

ALB. Un juguete
que en ninguna de las tiendas
de Gibraltar he encontrado,
y que usted acaso tenga.

MAN. Y es ese el motivo grave?

ALB. Pues.

MAN. (Bien mirado, una venta
es dinero y me hace falta.)
Y qué es lo que usted desea?

ALB. Quiero un arca de Noé.

MAN. Oh! Pues las tengo soberbias,
con todos los animales
que se crían en la tierra.
De cada especie hay un par.

ALB. Ya comprendo.

MAN. Macho y hembra.

- ALB. Aquí hay una. (Dándosela.)
Es admirable.
- MAN. Qué vale?
Media guinea.
- ALB. Tome usted una.
- MAN. Es que sobra
y no sé si tendré vuelta ..
- ALB. (Comprendo! Pobre hombre.) Voy
á tomar otras frioleras.
¿Qué vale esta figurita?
- MAN. Esa es de resorte, y cuesta
más cara.
- ALB. Cuánto?
- MAN. Qué diablo!
Para usted media guinea.
- ALB. Es de balde.
- MAN. (Vale el doble;
pero como sobra media
guinea, y yo no la tengo,
así saldamos la cuenta.)
- ALB. Ahora debo confesarle
que esto es una estratagema...
- MAN. Cómo!
- ALB. Sí: yo soy pintor,
y vengo aquí con la idea
de proponerle un negocio.
- MAN. Á mí?
- ALB. Tengo una modesta
suma, cien guineas, resto
de los bienes que en herencia
me dejó mi anciana madre.
- MAN. Y bien? eso á mí...
- ALB. Era ciega.
- MAN. Conque era?... Siéntese usted.
- ALB. Pues bien, con las cien guineas,
usted y yo...
- MAN. Qué?
- ALB. Podríamos
establecer una empresa.
- MAN. No adivino...
- ALB. En los juguetes
que usted hace...—no quisiera

- ofenderle—la pintura
es la parte que flaquea.
Yo tengo tal cual níncl;
y asociando nuestras fuerzas...
MAN. En efecto... Pero no.
(Él en casa...)
- ALB. Usted me niega
lo que en nombre de mi madre
le pido?
- MAN. Su madre! Y era...
ALB. Ciega.
MAN. Y la amaba usted?
ALB. Mucho.
MAN. Bien, jóven. (Apretándole la mano.)
ALB. (Su mano tiembla.)
MAN. Por Dios, silencio! Es mi hija...
Silencio! (Viéndola llegar.)
ALB. (Al fin voy á verla.)

ESCENA V.

DICHOS, ADELA.

- ADELA. (Como dirigiéndose á una persona que está dentro)
Vete... la voz de papá
me guiará...
- MAN. (Besándola en la frente.) Adios, Adela.
ADELA. Sí, bésame... zalamero!
para que no te reprenda.
Un banquero como tú
y que vive de sus rentas,
no debe madrugar tanto.
- MAN. Sí: mi fortuna es inmensa;
pero me gusta ocuparme
en las faenas domésticas.
- ADELA. Pues si no basta un criado,
se toman diez, veinte, treinta...
- MAN. No: con Teresa nos sobra...
- ADELA. Te has puesto la bata nueva
que compraste el otro día?
- MAN. No: la he dejado... (En la tienda.)
ADELA. Tendrás un rico gaban?
MAN. Pues!... (Si viera mi chaqueta...)

ADELA. Dame tu brazo.

MAN. (Qué apuro!)

(Adela va á tomarle el brazo, y D. Manuel, para que ella no note la pobreza de su traje, da un paso atrás, de modo que Adela tome el brazo de Alberto creyéndole el de su padre.)

ADELA. Qué orgullosa y qué contenta
saldré yo por esas calles
para que todos nos vean
juntos del brazo.

MAN. (Ap. y vivamente á Alberto.) Por Dios!
ni una palabra siquiera!

ESCENA VI.

DICHOS, TERESA.

TERESA. Traigo el almuerzo?

ADELA. Sí.

TERESA. Ah!

La señorita á un extraño
dando el brazo!

ADELA. (Soltándose.) Eh!

TERESA. (Yéndose.) (No me engaña:
es él!)

ADELA. No eres tú, papá?

MAN. Sí: yo soy... es decir... no...

(Vamos, no sé lo que digo.)

Pero es un antiguo amigo,
que es como si fuera yo.

Hoy nos hace esta merced,

y en que volverá confío,

porque es muy amigo mio.

(Ap. á Alberto.)—Cuál es el nombre de usted?

(id.) Alberto.

ALB.

MAN.

Juzga tú ahora

si Alberto y yo nos queremos:

Como que nos conocemos...

(Desde hace un cuarto de hora.)

ALB. Mi afecto es grande y sincero.

ADELA. Ah! La reconozco bien:

es su voz!

MAN.

Eh? . . .

- ADELA. Yo tambien
conozco á este caballero.
- MAN. Tú!
- ADELA. Sí: há un mes, Teresa y yo
fuimos, como de costumbre,
al templo: la muchedumbre
al salir nos separó.
Errante, perdida, sola,
y entre la turba llevada,
iba á ser atropellada
por aquella inmensa ola,
cuando en mi socorro llega
un hombre: ase fuertemente
mi brazo, y grita á la gente:
«no veis que esa niña es ciega?»
- MAN. Era Alberto!
- ADELA. Hoy á mi lado
de nuevo escucho su acento.
- MAN. Vaya un acontecimiento!
Por qué me lo has ocultado?
- ADELA. Temí asustarte.
- MAN. Es verdad.
Y el héroe de esta jornada
tampoco me ha dicho nada!
- ALB. No ha habido oportunidad.
- MAN. Bien! Muy bien, jóven pintor!
- ADELA. Ah! Usted es artista? (Á Alberto.)
- ALB. Sí.
- ADELA. (Á su padre.) Y vendrá tal vez aquí
á pedirte algun favor?
- ALB. (Pobrecilla! No sospecha...)
Un favor y grande espero.
- ADELA. Pues si es cosa de dinero,
cuéntela usted ya por hecha.
—Encárgale un cuadro. (Ap. á su padre.)
- MAN. (Id. á Adela.) Sí...
El precio me importa poco;
pero... dónde lo coloco?
Como hay ya tantos aquí...
- ADELA. (Id.) Nunca faltará un espacio,
que la casa no es escasa.
Y si no basta la casa,

- tomaremos un palacio.
Que pinte el cuadro! Él es pobre:
se le encarga y se le paga.
Lo esencial no es que lo haga:
lo que importa es que lo cobre.
- MAN. Sí: tú todo lo compones...
- ADELA. (Alto.) Y, en fin, haya ó no lugar,
venga usted aquí á pintar.
Aquí hallará inspiraciones.
Mire usted á cualquier parte...
- MAN. (Empiezo á sentir zozobras.)
- ADELA. Y hallará las grandes obras
de los maestros del arte.
Donde señala mi mano
está *el Pasma de Sicilia*.
Aquí *la Santa familia*,
original del Ticiano.
- MAN. No la desmienta usted, jóven! (Ap. á Alberto.)
- ALB. Oh! No. (Id. á D. Manuel.)
- ADELA. Hay pinturas divinas.
El robo de las Sabinas...
- MAN. (No hay miedo que me las roben.)
- ADELA. Y de género aun más triste
vea usted, entre ese enjambre
de cuadros...
- ALB. Cuál?
- ADELA. *El del hambre.*
- MAN. (Es el único que existe.)
- ADELA. Á propósito: Teresa! (Llamándola fuerte.)
el almuerzo.—(Ap. á su padre.) Dile á Alberto
que se quede.—(Alto.) Otro cubierto!
Pero si...
- ALB.
- ADELA. Nada: á la mesa.
- MAN. (Á Alberto.) Ya oye usted. (Debe rehusar
ó va á morir desmayado.)
Conque...
- ALB. Gracias! He almorzado
- MAN. (Entónces puede aceptar.)
(Vuelve Teresa con el almuerzo, que coloca sobre
una mesa, acercando las sillas. Entra y sale, segun
conviene y el diálogo indica.)
Acepta.—Pero es lo malo (Ap. á Alberto.)

que no hay más cubierto aquí,
de plata, que el suyo: á mí
me gustan más los de palo.

ADELA. (Tomando un plato que le ha servido Teresa.)

Qué es esto que aquí me dan?

TERESA. Un ala de faisán.

ADELA.

No:

primero á papá.

(Pasándole el plato á su padre: éste lo devuelve á

Teresa, que á su vez lo entrega de nuevo á Adela.)

MAN.

Bien... Yo

me muero por el faisán.

ADELA. Y esto? (Al recibir de Teresa el plato.)

TERESA. Es plato delicado.

Un ala de faisán.

ADELA.

Bien...

Yo comeré luégo. Ten...

(Devolviéndole el plato.)

para nuestro convidado.

(El mismo juego de ántes.)

Y esto que aquí me regalas?

TERESA. Un ala de faisán.

ADELA.

Van

tres! Pero dí: este faisán

era un faisán de tres alas?

Este año es particular...

mucho faisán debe haber...

MAN.

No comen; y qué han de hacer

más que dejarse matar?

En la region atmosférica

pasa lo mismo que aquí.

Tambien debe andar allí

la cosa muy climatérica.

ADELA.

(Á Alberto, aludiendo á su padre.)

Á su buen humor se entrega.

Y usted?...

ALB.

Admirado estoy

de ver...

ADELA.

Lo feliz que soy

á pesar de hallarme ciega?

Ningun cuidado me afana.

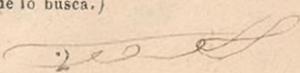
Vivo en la opulencia aquí.

- ALB. Mi padre se mira en mí...
Teresa es casi mi hermana...
Teniendo su amor por base
no me extraña esa alegría.
Pero esto cambiará un día:
el día en que usted se case.
- ADELA. Quién se ha de casar conmigo,
que por lástima no sea,
ó por codicia?
- ALB. Qué idea!
- MAN. Mil habrá.
- MAN. Es lo que yo digo.
Y de no decirlo en vano
tengo pruebas muy recientes.
No se cuántos pretendientes (Á Alberto.)
me han pedido ya su mano.
- ADELA. Sí?
- MAN. Sí. Y á tanto importuno
de despedir no hallo trazas.
He dado más calabazas!...
- ALB. Conque hay tantos?
- MAN. Huy!... (Ni uno.)
Y nos hacen gran merced,
porque todos ellos son ..
El que ménos es baron:
conque figúrese usted...
Ayer mismo un guapo chico
renovó el empeño diario.
Un tal Sir Lundley...
(Canario!)
- ALB. Lundley?...
- MAN. Un inglés muy rico.
- ALB. Y él mismo ha venido?
- MAN. No.
En una carta me ensarta
su peticion. Y qué carta!
(Como que la escribí yo.)
Á Adela se la leí.
Dice unas cosas... que ya!
Que la adora... por acá...
y la quiere... por allí...
Y el caso es que me pidió

- con urgencia la respuesta.
ADELA. Pues pronto se le contesta:
en diciéndole que no...
MAN. Mira que ese caballero
es millonario y que hoy...
Y aunque yo tambien lo soy...
ADELA. Llaman? (Sintiendo dar golpes.)
MAN. (Adios mi dinero!
Tiemblo y va á hacer el terror
que mi rostro se demacre...
He sentido un hedor acre...
de fijo es un acreedor.)
ADELA. Otra! (Al oír llamar de nuevo.)
MAN. Yo iré... (Dios me asista!
el casero!) (Despues de asomarse á la puerta.)

ESCENA VII.

D. MANUEL, ALBERTO, ADELA, SAMUEL.

- SAM. Caballero!...
MAN. Chist!... vuelva usted luégo!
SAM. Pero...
MAN. Abur... (Despidiéndole y empujándolo.)
SAM. Pero ..
MAN. Hasta la vista.
(Al cabo le eché.)
ADELA. Quién vino?
MAN. Pst... no es cosa de interés.
Es el alquiler de un mes
que me trajo un inquilino.
ADELA. No sabes cuánto me alegra
que tengas dinero!
MAN. Sí?
ADELA. Porque me hace falta á mí.
MAN. (Pues esta sí que es más negra!)
ADELA. Teresa me dijo ayer
que hay en frente una señora,
que la caridad implora,
y la quiero socorrer.
MAN. Yo no se dónde he dejado
el dinero... (Haciendo como que lo busca.)
ADELA. Ahí lo tendrás.
- 

Búscalo y lo encontrarás.

(Alberto saca de un bolsillo dinero y lo pone en mano de Adela, como si fuera su padre.)

Ves como lo has encontrado?

MAN. Oh!

ALB. (Ap. á D. Manuel.) Silencio y discrecion!

ADELA. Seis guineas? (Contándolas y palpándolas.)

MAN. (Ap. á Alberto.) Pero tanto...

ALB. (Id.) Es un pequeño adelanto sobre nuestra asociacion.

ESCENA VIII.

D. MANUEL, ADELA, ALBERTO, TERESA.

TERESA. Señor, el mueblista envia el piano.

ADELA. Será verdad?

MAN. Estamos en Navidad y es tu aguinaldo, hija mia. (Á Teresa.) Que no arañen las paredes al entrarlo.

ADELA. Qué contento!

Voy á probarlo al momento.

MAN. Por allí...

(Señalando al fondo para que den la vuelta al cuarto de Adela.)

ADELA. Soy con ustedes.

(Váse por la izquierda.)

ESCENA IX.

ALBERTO, D. MANUEL.

MAN. Con qué se puede pagar una dicha semejante? Al verla feliz, olvido hasta mis propios pesares.

ALB. Ah! Señor, lo que hace usted es noble, sublime, grande. Tiene usted el heroismo, la abnegacion de los mártires.

MAN. No, Alberto: esa niña er

el solo amor de su padre.
Contaba apenas diez años,
cuando dos golpes fatales
me hirieron. Mi pobre hija
cayó enferma: estuvo casi
á la muerte. De su lecho
al fin la vi levantarse;
mas... ay de mí! estaba ciega.
Algunos meses más tarde,
la casa en que yo tenia
de mi fortuna gran parte,
quebró, y en su ruina envuelto,
ví la mia consumarse.

ALB.

MAN.

Cuánto habrá sufrido usted!
Oh! Sí, mucho. Dios lo sabe.
Por ella... sólo por ella,
que iba á verse en un instante
pobre, ciega, sin amparo
y sin consuelo de nadie.
Pues bien; su mismo infortunio
me alentó para el combate.
Yo quise, yo conseguí
trocar en bienes los males.
Quise que fuera su vida
cristal que nada empañase,
sereno cielo sin nubes,
claro mar sin tempestades.
Evoqué de las quimeras
las fantásticas imágenes,
y logré darle placeres,
riquezas, comodidades.
Mi habitacion era, Alberto,
casi un desvan miserable;
pero la suya un trasunto
de palacios ideales.
Mi cama era el duro suelo;
la suya blanda y suave.
Yo, sólo comia pan;
ella esquisitos manjares.
Yo vestia paño burdo,
ella, en fin, seda y encajes.
Pero como de este plan

era el dinero la base,
trabajé, trabajé mucho
sin murmurar ni quejarme.
Siendo niña, yo le hacia
juguetes de varias clases;
y en esta fútil tarea
buscó mi pobreza un arte,
y cuando, gracias á él
y á costa de mil afanes,
pude á mis engaños dar
apariencia de verdades,
sin que Adela ni aun lo mísero
de este albergue sospechase,
bendije á Dios que, al cegar
sus ojos, tan claros ántes,
cómplice tambien se hacia
de mi compasivo fraude.
Porque yo vivo por ella.
Mi alma es de la suya imágen;
y su pena ó su alegría
se refleja en mi semblante.
Por ella juzgo pequeño
el sacrificio más grande.
Por evitarla un pesar,
porque su dicha no empañe
ni la sombra de un deseo,
todo me parece fácil,
y sin vacilar daria
hasta mi vida y mi sangre.
Así es como yo la quiero,
este es el amor de un padre.

ALB. Comprendo cuánto pesar
le costará separarse
de Adela.

MAN. Y nunca lo haré.

ALB. El dia en que ella se case...

MAN. No se casará.

ALB. Y entónces
esa multitud de amantes?...

MAN. Salen de aquí; son lo mismo
que mis cuadros, ideales.

ALB. Y ese Sir Lundley?

- MAN. Ayer
no sé dónde oí nombrarle,
y dije al punto: gran novio
para Adela; y ayer tarde
se le declaró.
- ALB. Es decir...
- MAN. Que hoy Sir Lundley es su amante
como lo serán mañana
el gran turco ó Garibaldi.
- ALB. Pero á qué fin proponerle?...
- MAN. Esos partidos brillantes?
Para halagar su amor propio.
Sabe que la admiran, sabe
que gusta, y el resultado
es no hacer caso de nadie.
Mas ella viene: silencio!

ESCENA X.

DICHOS, TERESA, ADELA.

- ADELA. Es un piano admirable.
- MAN. (En cuanto tenga dinero,
se lo compro. Qué diantrel
Que aguarde Samuel. Las cosas
indispensables son ántes.)
Vaya, adios.
- ADELA. Adónde vas?
- MAN. Al muelle... á comprar el Támesis.
- ADELA. El Támesis?
- MAN. Sí: un vapor
de la marina mercante.
(Qué demonio! Ya que mienta,
lo haré á lo ménos en grande.)
- ADELA. Siento que salgas; me quedo
tan triste cuando tú sales!
Quién, cuando me dejas sola,
puede por mí interesarse?
- ALB. (Ap. á Adela.) Y quién puede ver á usted
sin que la admire y la ame?
- ADELA. (Ah!)
- MAN. (Que algunos momentos ántes se ha puesto á ar-
reglar y colocar en una cesta los muñecos que habia

esparcidos en la mesa.)

(Ya está en órden...)

- ALB. Adios.
MAN. (Á Alberto.) Quiere usted acompañarme?
(Buen chico! Ve que me voy
y que no debe quedarse...)
- ALB. Vuelvo al momento. (Ap. á Teresa.)
MAN. (Mientras toma el sombrero.) Teresa,
dame esos papeles.
- TERESA. Cuáles?
MAN. (Ap. á Teresa.)
Torpe! Esa cesta—Son títulos (Alto.)
de la deuda. Qué cargante
es esto de tener deudas!...
Digo... títulos.
- ADELA. No tardes!
(Adela hace un movimiento para saludar á Alberto
y este un signo á Teresa para indicarle que volverá.)

ESCENA XI.

ADELA, TERESA.

- TERESA. (Ha dicho que va á volver.
Vamos, quiere declarárseme.)
- ADELA. (Amada por él... Oh dicha!...)
- TERESA. (Voy á ver...)
- ADELA. Teresa, qué haces?
TERESA. Guardo la plata .. (Otro embuste.
He aprendido de su padre.)
- ADELA. Por qué no hablas?
TERESA. Y de qué
quiere usted que yo le hable?
- ADELA. De cualquier cosa... del tiempo.
- TERESA. Vaya un asunto importante!
- ADELA. Ó de ese jóven pintor.
- TERESA. El señor Alberto?
ADELA. Sabes
que he creído notar...)
- TERESA. Qué?
ADELA. Puede ser que yo me engañe;
pero sospecho que siempre
que salimos á la calle

- TERESA. nos va siguiendo ese jóven.
Cá! No. (Quiere sonsacarme;
pero se engaña: es preciso
esperar que él se declare...
Hoy, cuando sali á la compra,
ya estaba él allí, esperándome
en la esquina. Pareció
como que queria hablarme;
mas tuvo miedo sin duda.)
- ADELA. (Si me engañará?)
- TERESA. (Cobarde!)
- ADELA. (Muy pronto lo sabré.)
- TERESA. (Y yo
no soy tan fea que espante.)
- ALB. (Le dí espinazo.) (Apareciendo en la puerta.)
- TERESA. (Con alegre exclamacion.) Aquí está!
- ADELA. Con quién hablabas?
- TERESA. Con nadie.
(Alberto se adelanta con precaucion para no alar-
mar á Adela.)

ESCENA XII.

ADELA, TERESA, ALBERTO.

- TERESA. (Viene á declararse á mí.)
- ADELA. (Es él. Siento su mirada.)
- TERESA. (Cómo alejarla de aquí?) (Mirando á Adela.)
- ALB. (Cómo echar á la criada?)
- ADELA. (Ella ha mostrado sorpresa...
Por quién es tanta visita?
Yo lo sabré.) Oye, Teresa.
- TERESA. Qué manda usted, señorita?
- ADELA. Un ciego todo lo ignora;
y no sé lo que en tí advierto...
Por qué hace ya media hora
que sólo me hablas de Alberto?
- TERESA. Yo!
- ADELA. Y ese jóven pintor
no vendrá aquí sin objeto.
Vaya! Á que te hace el amor?
- ALB. (Eh!...)
- ADELA. Sorprendí tu secreto?

- TERESA. Que sueña usted me figuro.
ALB. (Cierto.)
ADELA. Jura...
TERESA. No es preciso...
ADELA. Que él no te quiere...
TERESA. (Qué apuro)
ADELA. Ni tú á él.
TERESA. (Qué compromiso!)
ADELA. No sé yo por qué te asusta
que de cerciorarme trate...
—Te gusta?
TERESA. No me disgusta...
(Debo estar como un tomate.)
ADELA. Pues cuando él está á tu lado
al colmo su dicha llega.
TERESA. Al colmo? No lo he notado.
ADELA. Yo sí: como yo soy ciega...
—Y entónces pierde la calma...
—no digas que son antojos—
y hasta parece que el alma
se le sale por los ojos.
TERESA. Cómo!
ADELA. Bien claro expresé
lo que tu ignorancia niega.
TERESA. Nunca he notado...
ADELA. Tú no;
pero como yo soy ciega...
TERESA. Vamos, usted se divierte...
ALB. (Que siga en su error no dejo.)
ADELA. Pues si quieres convencerte
oye y toma mi consejo.
Cuando él vuelva por aquí
de sus ojos en la llama
procura leer... Y así...
comprenderás si te ama.
TERESA. Lo he de hacer cuando le vea.
ADELA. (Qué ansiedad!) (Acercándose á Teresa.)
TERESA. (Resolucion.)
ADELA. (Tomándole la mano á Teresa y procurando adivi-
nar por los movimientos de ella.)
(Parece que me golpea
la sangre del corazon.)

TERESA. Ah!

(Después de haber dirigido la vista á Alberto, que ha bajado á su vez los ojos.)

ADELA. (Que le ha mirado advierto;
pero está su mano helada.
No es ella á quien ama Alberto.) (Soltándola.)

TERESA. Bien! (Como reconviendo á Alberto en voz baja.)

ALB. (Á Teresa, ap.) Oye!...

TERESA. (Id.) No escucho nada.

ADELA. (Es á mí... Pobre Teresa!)

ALB. Pero oye... (Siempre en voz baja y siguiéndola.)

TERESA. (Id.) He dicho que no.

ALB. Sabe Dios cuánto me pesa...

Esto ha sido un *quid pro quo*...

TERESA. Bien! (Mas la culpa no es de él,
aunque me engañó mi afán:
que nunca se hizo la miel...
para quien dice el refrán.)

ALB. Yo creí...

TERESA. (Ap. á él.) Pese á mi estrella,
no me quejo de usted, no.
Usted la prefiere, y ella
yale mucho más que yo.
Si su dicha en mí consiste,
no quiero de ella privarla.
Mírela usted sola y triste...
Vaya usted á consolarla.

ADELA. Pensar que él me quiere á mí
un sueño un delirio no es?
(Como hablando consigo misma.)

ALB. No.

ADELA. Ah! Estaba usted ahí?

ALB. Para arrojarme á sus piés.
Fuego del amor nacido
en mi pecho ha fermentado;
y usted es quien lo ha encendido:
usted es quien lo ha inspirado.
La dicha del alma mía,
Adela, en usted contemplo.
La adoro desde aquel día
en que hallé á usted en el templo.

ADELA. Alberto!

ALB. Viendo el fervor
con que oraba usted de hinojos,
yo me decia: mi amor
será la luz de sus ojos.
No codicio su riqueza:
que otro más rico tesoro,
su candidez, su belleza,
su virtud es lo que adoro.
Me cree usted sincero, fiel,
desinteresado?

ADELA. Oh! sí.
(Hacer la fortuna de él...
Qué más dicha para mí?)
—Buscar usted mi dinero!...

TERESA. (Seria ocurrencia chusca!)

ADELA. No.

ESCENA XIII.

DICHOS, SAMUEL.

SAM. Don Manuel?...

TERESA. (El casero!

Ay! Este sí que lo busca.)

SAM. En dónde está?

TERESA. No está aquí.

Pero... (Haciéndole señas de que calle.)

SAM. Yo daré con él.

Que no se burla de mí
como me llamo Samuel.

ADELA. Ah! Es Samuel, un inquilino
de mi padre. (Á Alberto.)

TERESA. (Ap. á Alberto.) Es el casero.

ADELA. Sin duda á pagarle vino. (Á Alberto.)

TERESA. (Id. id.) Viene á pedirnos dinero.

SAM. Bribon! tramposo!... tunante!

TERESA. No levante usted el gallo.

SAM. Págueme usted al instante
y verá como me callo.

ADELA. Cómo!

ALB. (Á Adela.) Un loco debe ser.

SAM. Pues como el dinero no halle,
el loco les va á poner

- de patitas en la calle.
ADELA. Qué vergüenza!
SAM. Sí, lo es.
Como esta tierra es de ingleses,
me ha tomado por inglés,
y ya me debe tres meses.
Pues qué!... no hay más específico
que el de vivir sin pagar
un sotabanco magnífico
á mil metros sobre del mar?
Un cuarto que es una alhaja...
Sala... alcoba... comedor...
Y hasta tiene la ventaja
de ser un cuarto interior.
Vamos, que no se concibe,
y esto ya me tiene harto.
El que sin un cuarto vive,
no vive en un cuarto cuarto.
- ADELA. Oh!
ALB. Sal de aquí! (Á Samuel.)
SAM. No me voy
sin que cobre lo que es mío.
Seis guineas.
- ALB. Á que hoy
mando al infierno un judío?
SAM. (Después de recorrer con la vista las habitaciones.)
Ni aun con los muebles podría
cobrar la mitad escasa.
Por eso nunca quería
que viniera á verme á casa.
ADELA. Estoy soñando ó despierta?
ALB. Vete!
SAM. No me da la gana.
ALB. Pues ó sales por la puerta,
ó sales por la ventana.
SAM. Por mi ventana? Y se atreve...
ALB. Tal merece un embustero,
á quien nada se le debe
y viene á pedir dinero.
Toma! (Ap. á Samuel dándole dinero.)
SAM. Esto sí me conviene.
Una... dos... tres... cuatro .. cinco...

seis...—Bien. Para el mes que viene dejaremos lo del brinco.

(Váse haciendo cortesías.)

TERESA. (Después de verlo salir.)
(Ahora que ya se fué, duro!)
(Figurando que se dirige á Samuel.)
Como otra vez te deslices,
como vuelvas aquí, juro
que te dejo sin narices.

ALB. Adela... (No estoy tranquilo
si ella en la duda se queda.)
Adios.

(Dando la mano á Adela, que le saluda en silencio.)

(Ap. á Teresa.) Prudencia y sigilo.

Sucedá lo que suceda. (Váse.)

ESCENA XIV.

ADELA, TERESA.

ADELA. Ven acá, Teresa.

TERESA. Voy...

ADELA. Dime: qué le ha dicho Alberto
á ese hombre?

TERESA. Que estaba loco...
que se marchase al momento.

ADELA. Y qué más?

TERESA. No sé...

ADELA. Qué más?

Responde en nombre del cielo!

TERESA. Nada más oí...

ADELA. Bien... déjame...

Quiero estar sola.

TERESA. Obedezco. (Váse)

ESCENA XV.

ADELA.

Las palabras de ese hombre
aún con pavoroso eco
suenan dentro de mi alma.
No sé qué presentimiento
me advierte que la miseria

se esconde bajo este techo.
Necesito asegurarme...
Dios mio... Si fuese cierto ..
(Yendo hácia la izquierda y tentando las paredes.)
Aquí la pared... ni cuadros,
ni muebles... el muro seco...
(Yendo hácia la derecha.)
Aquí una mesa grosera
de trabajo... Es esto un sueño?
Padre mio! Padre mio!
Todo ahora lo comprendo.
Soy ciega, y tú trabajabas
por mí!...—No sé lo que siento ..
Se extravía mi razon...
(Buscando la butaca y apoyándose en ella.)
Parece como que un vértigo
se apodera de mí... Ah!...
(Echándose en la butaca.)
Me falta el aire .. Yo muero...
(Queda como desvanecida sobre la butaca.)

ESCENA XVI.

ADELA, desmayada, TERESA, entrando con ALBERTO y vario^s
tapiceros y mueblistas que traen diferentes objetos.

TERESA. Parece que está dormida. (Mirando á Adela.)

ALB. Pues prontitud y silencio!

TERESA. Los cuadros donde os he dicho...

La consola aquí... el espejo

encima y sobre la piedra

el reloj y los dos floreros.

Las dos butacas así...

lo demas á otro aposento.

(Teresa váse con Alberto y los otros, que habrán procurado colocar los efectos que se nombran con la mayor prontitud y órden, sin confusion ni aturdimiento, y con el mayor silencio, colgando un cuadro á la derecha, otro á la izquierda, y el tercero entre la chimenea y la puerta. La consola reemplaza á la mesa, y los floreros y el reloj de sobremesa, en la forma que se indica en el diálogo, lo mismo que el espejo. Las butacas convenientemente.)

ESCENA XVII.

ADELA, volviendo en sí.

Dónde estoy?... Qué ha sucedido?...
Dios mío!... Ah! Sí: ya me acuerdo...
La fortuna en que basaba
mis planes más lisonjeros
perdida!... Y yo he deseado
dividirla con Alberto!
Triste presente iba á hacerle!
Por él, por mi padre debo
renunciar á su amor... Sí;
los sacrificios que ha hecho
mi buen padre, de mí exigen
otro sacrificio inmenso.

ESCENA XVIII.

ADELA, D. MANUEL.

MAN. (Nada!... Ni un solo *schelling*.
He tenido que venderlo
todo al fiado. Parece
que hoy el dinero anda huyendo.)

ADELA. Eres tú, papá?

MAN. (Con mal humor.) Sí: yo.

ADELA. Vienes triste?

MAN. (Reponiéndose.) Oh! Nada de eso. (Jovialmente.)

ADELA. Has hecho algun buen negocio?

MAN. Vaya! Pues si voy creyendo
que el dinero me persigue.
Á un paso que dé, tropiezo
con dinero por aquí...
ADELA. (Ya no me engaña.)

MAN. Y dinero
por allá...—Más por allá
que por aquí.—Es mucho cuento!
Dinero por todas partes.
(Qué más quisiera el gobierno!)
—Conque he tardado?

ADELA. No, y... mira...

- y alivio á tu corazón
daria mi amor inmenso.
MAN. (Reprimiendo sus lágrimas.)
Pero tú te has vuelto loca!
Já! já! Si me estoy riendo! (Con risa forzada.)
Conque porque tú has soñado
que no estaban en su puesto
mis bellos cuadros y mis...
(Volviendo la vista y sorprendiéndose.)
Gran Dios! (Qué es lo que estoy viendo!)
ADELA. Qué tienes, papá?
MAN. Yo... nada.
(Señor, si estaré despierto?)
Digo que esos ricos muebles...
ADELA. No están ahí?
MAN. (Lo que es eso
no me hubiera sorprendido.)
Al contrario: los encuentro
en su lugar... como muebles
que conocen bien su mérito.
(Yo no puedo comprender...)
ADELA. (Será posible?) En efecto:
esos muebles que yo en vano
he buscado hace un momento,
aquí están. (Tentando las paredes.)
MAN. Los sacarían
á limpiar... Hé ahí el secreto.
(Como pille al intrigante
que me ha traído todo esto!...)
ADELA. Habré yo soñado?
MAN. Sí.
No tengas duda... fué un sueño...
una pesadilla horrible.
(Igual á otra que yo tengo.)

ESCENA XIX.

ADELA, D. MANUEL, TERESA, entrando con SAMUEL.

- SAM. Al señor de Medinilla
que desco hablar con él.
MAN. (Otra vez aquí Samuel!

- TERESA. Esta era la pesadilla.)
(Ya viene ménos feroz.)
- SAM. Señor don Manuel, no sé
cómo decirle que... que...
- ADELA. (Yo reconozco esa voz.)
- MAN. Amigo mio, un azar...
Que me dispense confio...
- SAM. Usted es, amigo mio,
el que me ha de dispensar.
- MAN. Reconozco que he faltado.
- SAM. Y yo que imprudente he sido.
- MAN. Crea usted que estoy corrido.
- SAM. Y yo estoy avergonzado.
Hágame usted la merced
de perdonarme.
- MAN. Qué idea!
Usted quiere que yo sea
el que le perdone á usted?
- SAM. Sí; y á sus plantas me inclino...
- MAN. (Este es el caso primero
en que se ha visto á un casero
á los piés de su inquilino.)
- ADELA. (Pero este hombre es el que airado
entró dando voces hoy?)
- SAM. Escuche usted: que le voy
á contar lo que ha pasado.
Recordar es necesario
para explicar lo que pasa,
que yo vivo en una casa
de que usted es propietario.
- MAN. Yo tengo una casa!
- SAM. Bah!
- MAN. La que fué de Gomez-Arias.
- MAN. Ah! Sí: como tengo varias
no lo recordaba ya.
- SAM. Su administrador, Meneses,
aunque es un señor muy guapo,
hoy me puso como un trapo
porque le debo tres meses.
Por eso vine al instante
aquí á vindicar mi fama.
Á ver por qué se me llama,

- bribon, tramposo y tunante!
Pero en mi carácter manso
al hablar así, omití
decir, que aunque hablaba así
era... por boca de ganso.
- MAN. Bien... bien... (Maldito si sé...)
- SAM. No me guarda usted encono?
- MAN. No: todo se lo perdono.
- SAM. Muchas gracias!
- MAN. No hay de qué.
- SAM. Ya puede usted calcular
Si me habrá dado alegría
ver que usted me concedía
un plazo para pagar.
- MAN. Un plazo? No lo rechazo:
al contrario, es mi deseo
aplazar... Por lo que veo (Ap. á Samuel.)
me concede usted un plazo?
- SAM. Esa conducta, aunque arguya
generosidad, á mí
no me sorprende.
- MAN. (Á mí sí
que me sorprende la suya.)
- SAM. Y aquí traigo un pagaré
por los tres meses que vivo
en su casa. (Dándole un papel.)
- MAN. Ah! ya. (El recibo...)
- Muchas gracias!
- SAM. No hay de qué.
- ABUR. (Váse por el fondo.)
- ADELA. (No sé por qué abrigo
en mi alma una ansiedad...
Mas yo sabré la verdad.)
Ven, Teresa, ven conmigo! (Váse con Teresa.)

ESCENA XX.

D. MANUEL, luego ALBERTO.

- MAN. El carácter de Samuel,
quién pudo cambiar así?
Quién le ha pagado por mí?

Alberto. No hay duda, es él.
Aquí está. Severo y frío
me hallará. (Viéndole llegar.)

ALB. Á buscarle vengo.
MAN. Me alegro. Yo también tengo
 que hablar á usted, señor mío.
ALB. Ese tono...

MAN. De su agrado
 no es este tono quizás;
 pero es el que cuadra más
 á un hombre á quien se ha engañado.
 Sé que usted lo hizo expreso
 para aliviar mis desgracias...
 Gracias, jóven! Muchas gracias!
 Pero no se trata de eso.
 Con una madre de pega
 ciega me interesó adrede
 para...—aunque cualquiera puede
 tener una madre ciega.
 Mas por qué á ser mi cajero
 honorario se propasa,
 y me amuebla usted la casa
 y paga usted al casero?
 Con qué derecho me ha hecho,
 ni en pago de qué servicios,
 blanco de sus beneficios?
 Sepamos... con qué derecho?

ALB. Usted por su hija delira;
 la engaña y labra su bien.
 Mi engaño nace también
 del amor que ella me inspira.

MAN. La ama usted!

ALB. Sí; pero enojos
 no le dé mi amor á Adela.
 Mi amor que hace un mes anhela
 volver la luz á sus ojos.

MAN. Cómo!

ALB. Un célebre oculista
 cuyo fallo es infalible,
 asegura que es posible
 el devolverle la vista.

MAN. Habla! (Con creciente ansiedad.)

- ALB. Miétras reverente
Adela en el templo oraba,
él á mi lado observaba
sus ojos atentamente.
- MAN. Y qué?
- ALB. Grato el resultado
de su observacion ha sido.
- MAN. Curarla te ha prometido?
- ALB. Más aun! Me lo ha jurado.
- MAN. De veras? Conque te dijo?...
Yo voy á perder el seso!
Y tú has hecho todo eso?
Tú, mi amigo! Tú, mi hijo!
- ALB. Su hijo!
- MAN. Sí; y ruines ideas
pude sospechar en tí!
Perdona si te ofendí!
Bendito, bendito seas!
Pero... (Como asaltándolo una idea dolorosa.)
Qué?
- ALB. Cuánto imaginas
que por la cura de Adela
llevará?
- ALB. Una bagatela,
dos mil libras esterlinas.
- MAN. Dos mil libras, santo Dios!
Si no tengo un cuarto!
- ALB. Y qué!
- MAN. Es verdad: trabajaré.
- ALB. Trabajaremos los dos.
- MAN. No: por mucho que él exija,
yo ganaré ese dinero.
Dicha tan inmensa quiero
que me la deba mi hija.
Trabajaré sin cesar.

ESCENA XXI.

DICHOS, ADELA, que permanece en el dintel de la puerta.

ADELA. (Que ha salido á tiempo de oír el último verso.)
(Qué oigo! Escucharé un instante.)

- MAN. Seré el primer fabricante
de mi clase en Gibraltar.
Comeré sólo pan seco;
y haré, en mi amante porfia,
un batallon cada día,
cada minuto un muñeco.
Toda mi existencia esclava
será de tan caro objeto.
- ADELA. (Oh! Ya descubrí el secreto
que Teresa me ocultaba.
La miseria! Un porvenir
de privaciones... Oh! No.
Yo debo impedirlo: yo
no lo puedo consentir.)
—Papá? (Fingiendo que entra ahora.)
- MAN. (Ap. á Alberto.) Es ella!
(Como recomendándole el sigilo.)
- ADELA. (Alto á su padre.) Das audiencia?
- MAN. Eh!...
- ADELA. Tenemos que hablar hoy
en serio.
- MAN. Yo tambien voy
á hacerte una confidencia.
Usted le ha dicho su amor? (Ap. á Alberto.)
- ALB. Sí. (Id. á D. Manuel.)
- MAN. (Id.) Lo acepta por supuesto?
- ALB. Así lo espero.
- MAN. (Id.) Pues esto
va á marchar que ni al vapor.
- ADELA. Puedo hablar ya?
- MAN. Sí, sí: al grano.
- ADELA. Se trata sencillamente
de elegir el pretendiente
á quien he de dar mi mano.
- MAN. Bravo! (Ap. á Alberto.)
- ADELA. Entre la inmensa grey
que me ofrece mano y nombre,
sólo me conviene un hombre.
- MAN. Esto marcha! (Ap. á Alberto con alegría.)
- ADELA. Sir Lundley.
- ALB. (Eh!)
- MAN. (Diablo!) Pero es que...

- ADELA. Quiero casarme con él.
- MAN. Corriente; pero...
- ADELA. Es un hombre excelente.
- MAN. Sí; pero...
- ADELA. Y rico.
- MAN. Sí; pero...
- ADELA. Si no el amor, la virtud dicha me ofrece segura. Yo pagaré su ternura con mi eterna gratitud. Mas quiero que él á su vez, cuando yo mi fe le jure, á mi buen padre asegure dulce y tranquila vejez. Que no sufra indiferente que tu salud se quebrante, ni que un trabajo incesante surque de arrugas tu frente.
- MAN. Ah!
- ADELA. Vivir yo en la opulencia, entre el fausto y el placer, miétras tú, á quien debo el ser, pereces en la indigencia!... Verte con resignacion de un mártir ganar la palma... Nunca!
- MAN. (Abrazándola.) Hija de mi alma!
- ADELA. Padre de mi corazon!
- ALB. Adela! (Acercándose á ella.)
- MAN. Yo no permito...
- ADELA. (Á Alberto.) Un sueño fué nuestro amor.
- ALB. Pero...
- ADELA. Dejádme el valor de que tanto necesito.
- MAN. Sir Lundley...
- ADELA. Nada me aparta de cumplirle mi promesa. Por mí le escribió Teresa y fué á llevarle la carta.

MAN. Y le dices...

ADELA. Que su nombre
y su cariño y su mano
acepto.

MAN. Dios soberano!
Qué va á decir ese hombre?

ALB. Pues qué pasa?

MAN. (Ap. á Alberto.) Si lo grave,
si lo grande que hay aqui
es que ni él me ha visto á mí
ni ha visto á Adela...

ALB. Quién sabe?...

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, TERESA.

TERESA. Señorita! Señorita!... (Con agitacion.)

ADELA. Qué hay?

TERESA. Que vengo de su casa.

ADELA. Pero qué pasa?

MAN. Qué pasa?

TERESA. Es una cosa inaudita.

ADELA. Explicatelo...

TERESA. Á ver si acierto...

Pero, en fin, lo intentaré.

Alberto y sir Lundley...

ADELA. Qué?

TERESA. No son sir Lundley ni Alberto.

Hay un pobre y hay un rico,
que aunque como pobre obre,
es rico... porque no es pobre.
Me parece que me explico.
En fin, verle con urgencia
pedí en nombre de usted:—«Cómo!»
—me respondió el mayordomo—
«Si ahora está allí su excelencia?»
—«En casa de mi señora?»
—pregunté asombrada yo.—
Y él dijo: «allí me mandó
enviarle el coche ahora.»
Y en él vine.

- ADELA. Será cierto?
- TERESA. Digo lo mismo que oi.
Que su excelencia está aquí
y su excelencia es Alberto.
- MAN. Conque eras tú con dos nombres
el que... y su excelencia, pues,
es...
- ALB. Sí: su excelencia es
el más feliz de los hombres.
- ADELA. Gracias, Alberto!
- MAN. En rigor
todo ha sido una novela?
- ALB. Excepto mi amor á Adela
y la oferta del doctor.
- MAN. Que la cumpla pido al cielo.
- ADELA. Lloras, papá?
- MAN. De alegría;
porque va á llegar el día
en que se logre mi anhelo.
- ADELA. Cómo?...
- ALB. El doctor ha ofrecido
darte la vista mañana.
- ADELA. Veré á mi padre... á mi hermana...
á Alberto!
- ALB. Sí: á tu marido.
- ADELA. Siglos serán los instantes
hasta que llegue el que ansío.
Que yo no muera, Dios mio,
sin haberle visto antes!

FIN DE LA COMEDIA.

La segunda cenicienta.
 La peor cuna.
 La choza del almadrero.
 Los patriotas.
 Los lazos del vicio.
 Los molinos de viento.
 La agenda de Correlargo.
 La cruz de oro.
 La caja del regimiento.
 Las sisas de mi mujer.
 Lluven hijos.
 Las dos madres.
 La hija del Rey René.
 Los extremos.
 La frutera de Murillo.
 La cantinera.
 La venganza de Catana.
 La marquesita.
 La novela de la vida.
 La torre de Garan.
 La nave sin piloto.
 Los amigos.
 La judía en el campamento, ó
 Gloria de Africa.
 Los criados.
 Los caballeros de la niebla.
 La escala de matrimonio.
 La torre de Babel.
 La caza del gallo.
 La desobediencia.
 La buena alhaja.
 La niña mimada.
 Los maridos (refundida).
 Mi mamá.
 Mal de ojo.
 Mi oso y mi sobrina.
 Martín Zurbarano.
 Marta y María.
 Madrid en 1818.
 Madrid á vista de pájaro.
 Miel sobre hojuelas.
 Mártires de Polonia.
 Marta!! ó la Emparedada.

Misericordias de sídeas.
 Mi mujer y el primo.
 Negro y Blanco.
 Ninguno se entienda, ó un hom-
 bre tímido.
 Nobleza contra nobleza.
 No es todo oro lo que reluce.
 No lo quiero saber.
 Nativia.
 Olimpia.
 Proposit de enmienda.
 Pescar á rio revuelto.
 Por ella y por él.
 Para heridas las de honor, ó el
 desagravio del Cid.
 Por la puerta del jardín.
 Poderoso caballero es D. Dinero.
 Pecados veniales.
 Premio y castigo, ó la conquista
 de Ronda.
 Por una pension.
 Para dos perdices, dos.
 Prestamos sobre la honra.
 Para mentir las mujeres.
 ¡Que convidó al Coronel!...
 Quien mucho abarca.
 ¡Que suerte la mía!
 ¿Quién es el autor?
 ¿Quién es el padre?
 Rebeca.
 Ribal y amigo.
 Rosita.
 Su imagen.
 Se salvo el honor.
 Santo y peana.
 San Isidro (*Patron de Madrid*).
 Suenos de amor y ambicion.
 Sin prueba plena.
 Sobresaltos de un marido.
 Si ia mala fuera buena.
 Tales padres, tales hijos.
 Traidor, inconfeso y mártir.

Trabajar por cuenta ajena.
 Tod unos.
 Torbellino.
 Unamor á la moda.
 Una conjuracion femenina.
 Un dómimo como hay pecos
 Un pollito en calzas prietas.
 Un huesped del otro mundo.
 Una venganza leal.
 Una coincidencia alfabética.
 Una noche en blanco.
 Uno de tantos.
 Un marido en suerte.
 Una leccion reservada.
 Un marido sustituto.
 Una equivocacion.
 Un retrato á quemarropa.
 ¡Un Tiberio!
 Un lobo y una raposa.
 Una renta vitalicia.
 Una llave y un sombrero.
 Una mentira inocente.
 Una mujer misteriosa.
 Una leccion de corte.
 Una falta.
 Un paje y un caballero.
 Un si y un no.
 Una lagrima y un beso.
 Una leccion de mundo.
 Una mujer de historia.
 Una herencia completa.
 Un hombre fino.
 Una poetisa y su marido.
 ¡Un regicida!
 Un marido cogido por los cuber-
 nos.
 Un estudiante novel.
 Un hombre del siglo.
 Un viejo pollo.
 Ver y no ver.
 Zamarrilla, ó los bandidos de la
 Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
 Armas de buena ley.
 A cual mas feo.
 Arduos y cuchilladas
 Claveyina la Gitana.
 Cupido y Marte.
 Cébro y Flora.
 D. Sisenando.
 Dona Mariquita.
 Don Crisanto, ó el Alcalde pro-
 veedor.
 Don Pascual.
 El Bachiller.
 El doctorino.
 El ensayo de una ópera.
 El calesero y la maja.
 El perro del hortelano.
 En ceuta y en Marruecos.
 El leon en la ramona.
 Enredos de carnaval.
 El delirio (drama lirico).
 El Postillon de la Rioja (*Música*).
 El vizconde de Letorieros.
 El mundo á escape.
 El capitán español.
 El corneta.
 El hombre feliz.
 El caballo blanco.
 El colegial.
 El último mono.
 El primer vuelo de un pollo
 Entre Pinto y Valdemoro.
 El magnetismo... animal!
 El califa de la calle Mayor.
 En las astas del toro.

El mundo nuevo.
 El hijo de D. José.
 Entre mi mujer y el primo.
 El noveno mandamiento.
 El juicio final.
 El gorro negro.
 El hijo del Lavapiés.
 El amor por los cabellos.
 El mudo.
 El Paraiso en Madrid.
 El elixir de amor.
 El sueño del pescador.
 Giralda.
 Harry el Diablo.
 Juan Lanas. (*Música*).
 Jacinto.
 La litera del Oidor.
 La noche de ánimas.
 La familia nerviosa, ó el suegro
 omnibus.
 Las bodas de Juanita. (*Música*).
 Los dos flamantes.
 La modista.
 La colegiala.
 Los conspiradores.
 La espada de Bernardo.
 La hija de la Providencia.
 La roca negra.
 La estatua encantada.
 Los jardines del buen retiro.
 Loco de amor y en la corte.
 La venta encantada.
 La loca de amor, ó las prisiones
 de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música*).
 La toma de Tetuan.
 La cruz del valle.
 La cruz de los Humeros.
 La Pastora de la Alcarria.
 Los herederos.
 La pupila.
 Los pecados capitales.
 La gitaniilla.
 La artista.
 La casa roja.
 Los piratas.
 La señora del sombrero.
 La mina de oro.
 Mateo y Matea.
 Moreto. (*Música*).
 Matilde y Malek-Adhel.
 Nadie se muere hasta que Dio
 quiere.
 Nadie toque á la Reina.
 Pedro y Catalina.
 Por sorpresa.
 Por amor al prójimo.
 Petuquere y marqués.
 Pablo y Virginia.
 Retrato original.
 Tal para cual.
 Un primo.
 Una guerra de familia.
 Un cocinero.
 Un sobrino.
 Un rival del otro mundo.
 Un marido por apuesta.
 Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	S. Ruiz.	<i>Lucena.</i>	J. B. Cabeza.
<i>Alcalá de Henares.</i>	Z. Bermejo.	<i>Lugo.</i>	Viuda de Fajol.
<i>Alcoy.</i>	J. Martí.	<i>Mahón.</i>	P. Vincent.
<i>Algeciras.</i>	R. Muro.	<i>Mataga.</i>	J. G. Taboadela y F. de Moya.
<i>Alicante.</i>	J. Gossart.	<i>Manila (Filipinas).</i>	A. Olona.
<i>Almagro.</i>	A. Vicente Perez.	<i>Maturo.</i>	N. Clavell.
<i>Almería.</i>	M. Alvarez.	<i>Mondónedo.</i>	Viuda de Delgado.
<i>Andújar.</i>	D. Caracuel.	<i>Montilla.</i>	D. Santolalla.
<i>Antequera.</i>	J. A. de Palma.	<i>Murcia.</i>	T. Guerra y Herederos de Andrion.
<i>Aranjuez.</i>	D. Santisteban.	<i>Ocaña.</i>	V. Calvillo.
<i>Avila.</i>	S. Lopez.	<i>Orense.</i>	J. Ramon Perez.
<i>Aviles.</i>	M. Roman Alvarez.	<i>Orihuela.</i>	J. Martinez Alvarez.
<i>Badajoz.</i>	F. Coronado.	<i>Osuna.</i>	V. Montero.
<i>Baeza.</i>	J. R. Segura.	<i>Oviedo.</i>	J. Martinez.
<i>Barbastro.</i>	G. Corrales.	<i>Palencia.</i>	Hijos de Gutierrez.
<i>Barcelona.</i>	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.	<i>Palma de Mallorca.</i>	P. J. Gelabert.
<i>Bejar.</i>	J. Teixidor.	<i>Pamplona.</i>	J. Rios Barrena.
<i>Bilbao.</i>	E. Delmas.	<i>Pontevedra.</i>	J. Buceta Solla y Comp.
<i>Burgos.</i>	T. Arnáiz y A. Hervias.	<i>Priego (Cordoba.)</i>	J. de la Gámara.
<i>Cabra.</i>	B. Montoya.	<i>Puerto de Sta. Maria.</i>	J. Valdeerrama.
<i>Cáceres.</i>	H. V. Perez.	<i>Puerto-Rico</i>	J. Mestre, de Mayagüez.
<i>Cádiz.</i>	V. Morillas y Compañia.	<i>Reguena.</i>	C. Garcia.
<i>Catalayud.</i>	F. Molina.	<i>Reus.</i>	J. Prius.
<i>Canurias.</i>	P. Maria Poggi, de Santa Cruz de Tenerife.	<i>Rioseco.</i>	M. Prádanos.
<i>Cármona.</i>	J. M. Eguiluz.	<i>Ronda.</i>	Viuda de Gutierrez.
<i>Carolina.</i>	E. Torres.	<i>Salamanca.</i>	R. Huebra.
<i>Cartagena.</i>	J. Pedreno.	<i>San Fernando.</i>	J. Gay.
<i>Castellón.</i>	J. M. de Soto.	<i>S. Ildefonso (La Granja)</i>	J. Aldrete.
<i>Castrourdiales.</i>	L. Ocharán.	<i>Sanlúcar.</i>	I. de Oña.
<i>Ceuta.</i>	M. Garcia de la Torre.	<i>San Sebastian.</i>	A. Garralda.
<i>Ciudad-Real.</i>	P. Acosta.	<i>S. Lorenzo. (Escorial.)</i>	S. Herrero.
<i>Córdoba.</i>	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.	<i>Santander.</i>	C. Medina y F. Hernandez.
<i>Coruña.</i>	J. Lago.	<i>Santiago.</i>	B. Escribano.
<i>Cuenca.</i>	M. Mariana.	<i>Segovia.</i>	L. M. Salcedo.
<i>Ecija.</i>	J. Giuli.	<i>Sevilla.</i>	F. Alvarez y Comp.
<i>Ferrol.</i>	N. Taxonera.	<i>Soria.</i>	F. Perez Rioja.
<i>Figueras.</i>	M. Alegret.	<i>Talavera de la Reina.</i>	A. Sanchez de Castro.
<i>Gerona.</i>	F. Dorca.	<i>Tarazona de Aragon.</i>	P. Veraton.
<i>Gijón.</i>	Crespo y Cruz.	<i>Tarragona.</i>	V. Font.
<i>Granada.</i>	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.	<i>Teruel.</i>	F. Baquedano.
<i>Guadalajara.</i>	R. Oñana.	<i>Toledo.</i>	J. Hernandez.
<i>Habana.</i>	M. Lopez y Compañia.	<i>Toro.</i>	L. Poblacion.
<i>Haro.</i>	P. Quintana.	<i>Trujillo.</i>	A. Herranz.
<i>Huelva.</i>	J. P. Osorno.	<i>Tudela.</i>	M. Izalzu.
<i>Huesca.</i>	K. Guillen.	<i>Tuy.</i>	M. Martinez de la Cruz
<i>Irun.</i>	R. Martinez.	<i>Ubeda.</i>	T. Perez.
<i>Játiva.</i>	J. Perez Fluixá.	<i>Valencia.</i>	I. Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
<i>Jerez.</i>	F. Alvarez de Sevilla.	<i>Valladolid.</i>	D. Jover y H. de Rodrigz.
<i>Las Palmas (Canarias)</i>	J. Urquia.	<i>Vich.</i>	Soler, Hermanos.
<i>Leon.</i>	Minon Hermano.	<i>Vigo.</i>	M. Fernandez Dios.
<i>Lerida.</i>	J. Sol é hijo.	<i>Villanueva y Celtrú.</i>	L. Creus.
<i>Linares.</i>	J. M. Caro.	<i>Vitoria.</i>	J. Oquendo.
<i>Logroño.</i>	P. Brieba.	<i>Zafra.</i>	A. Oguet.
<i>Lorca.</i>	A. Gomez.	<i>Zamora.</i>	V. Fuertes.
		<i>Zaragoza.</i>	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerías de la VIUDA é HIJOS DE CUESTA, y de MOYA y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Carmen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.